

Confieso, en primer lugar, que me siento un poco abrumado. Ello se debe a que al terminar de leer *Tras las huellas de Heródoto* desearía asimilar toda la información contenida en sus páginas de tal modo que pudiera expresar las emociones que me ha ido despertando en estos casi cuatro días de absorbente lectura.

No quisiera olvidarme de nada de lo que me ha interesado y eso es difícil porque el interés es una cualidad de la que el texto no se desprende, excepto en contadas ocasiones, mientras uno sigue pegado a él o aun cuando, por alguna necesidad, lo abandona.

Abrumarse, sin embargo, es una reacción que puede llegar a sentir quien, al leer estas crónicas, no cuente con mínimos conocimientos de historia antigua, por una parte, y se sienta, a la vez, atraído por la forma empleada para exponerlos.

Tal vez esa manera de “vivir” lo que sucedió y de contarlo, cuyos alicientes van acompañados de un sello hondamente personal, pueda acercar al lector al periodo en que vivió Heródoto o sobre el que escribió como le alejan de él, en los cruciales años de formación, otros libros o maestros.

Ese acercamiento constituye, sin duda, una de las más destacadas virtudes de la obra; aunque, una vez iniciado, quizá produzca a quienes no están preparados una difícil digestión de los hechos, sobre todo a medida que avanza la lectura y, con ella, la acumulación de los mismos.

Estoy convencido de que ello nada tiene que ver con el estilo narrativo utilizado sino más bien con el propio contenido: no es fácil digerir tal cantidad de acontecimientos, personajes, mitos, fechas y demás ingredientes de ese menú que la antigüedad nos sirve como si fuera –algo que, en efecto, no es- una comida frugal. Creo, por el contrario, que debemos elegir cada plato de acuerdo con nuestras necesidades, intentar no atracarnos por mucha hambre que tengamos, degustar sin prisa los sabores de los frutos que maduran en los viejos árboles de la Historia y aprovechar ese alimento vital para nutrir el espíritu y ayudar a su sano crecimiento.

Los fragmentos del libro cuya lectura me ha resultado menos gratificante son muy escasos. Por ejemplo, cuando se aborda la descripción de los soldados, las armas y demás elementos del ingente ejército de Jerjes, tal vez porque a pesar de que dicha descripción es muy fiel y uno puede simplemente dejarse llevar por la curiosidad de saber cómo era esa variada y enorme fuerza militar nunca me ha gustado conocer a fondo el poderío armamentístico de ningún imperio o país, ya sea antiguo o moderno, grande o pequeño.

Puede parecer chocante, entonces, que como lector disfrute con algunos relatos u obras de divulgación de la Historia en las que el interminable monólogo bélico se impone sobre el resto de empresas humanas; o bien con libros de viajes como el de Antonio en el que tal protagonismo tiene su justa atención; pero sucede algo parecido cuando uno afirma que ama la luz del sol, la sabiduría o la vida siendo consciente de que no podría ser así sin las tinieblas, la ignorancia o la muerte.

A decir verdad solo puedo agradecer a Antonio que haya querido compartir sus experiencias de este viaje por Asia Menor y ello por varias razones. La fundamental es que siempre me ha despertado confianza de modo que su escritura me inspira el mismo sentimiento. Y cuando confías en un autor o has compartido vivencias, conversaciones y emociones con él durante el tiempo suficiente sabes que la estima hacia su persona se refuerza con la que crece por su obra sin que llegues a saber cuál es más fuerte.

Agradecido es lo mínimo que uno puede estar después de leer un libro que me ha hecho pasar tan buenos momentos y con el que he aprendido, entre otras cosas, la historia de aquel grupo de hombres y mujeres lidios que tuvieron que abandonar su tierra y que navegaron guiados por el príncipe Tirreno hasta desembarcar en la costa noroccidental de la península itálica. Me alegró muchísimo saber que el mar Tirreno tomó su nombre de dicho príncipe y sobre todo, que ellos fueron el origen de la admirable civilización etrusca.

Otro hecho que desconocía y me encantó descubrir es la relación que existió entre el bosque sagrado que veneraban los antiguos griegos y las columnas de sus templos. He seguido con verdadera fascinación este relato y me ha

recordado a Heródoto quien, a mi modo de ver, comparte con el autor que ha seguido sus huellas la curiosidad y el don de contagiarla.

Aunque solo sean dos ejemplos el libro abunda en otros muchos y hace de su lectura un placer del que, además, se puede sacar el mejor provecho: terminar de leer sintiéndose un poco más sabio y humano. Gracias, Antonio.

Manuel Gutiérrez